

Normalidad y Crisis: El caso Argentino y el problema de la representación política<sup>1</sup>.

Por

Nicolás Patrici

Universidad de Buenos Aires / Universitat Pompeu Fabra<sup>2</sup>.

**Resumen**

La desafección política y su correlación con la desconfianza en las instituciones representativas por parte de la ciudadanía conllevaron en Latinoamérica a lo que se ha denominado Crisis de Representación política. La crisis política, económica y social que afectó a la Argentina a fines del año 2001 no es más que un ejemplo de este proceso que desnuda las bases y la naturaleza del armado institucional y su relación con la democracia como forma de régimen político. Nuestro artículo se pregunta por la relación existente entre Crisis, Representación y Democracia utilizando como ejemplo el caso Argentino: La presidencia de Kirchner y el intento de recuperación institucional argentino sólo es posible de entender, a nuestro criterio, a partir de una crisis que a la vez que funcionó como un punto de inflexión en la subjetividad política argentina generó un nuevo discurso sobre la ciudadanía argentina

Palabras Claves:

Latinoamérica - Argentina - Crisis - Representación - Democracia -

---

<sup>1</sup> Una versión algo diferente del presente artículo fue presentada bajo el formato de ponencia en el *XI Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, en la ciudad de Tordesillas en Mayo de 2005. La comunicación fue galardonada con el premio "Dr. José Luis Rubio" a la mejor ponencia presentada en las disciplinas jurídica, social y económica.. El autor quiere, por ello, agradecer al CEEIB por dicho honor.

<sup>2</sup> Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad de Buenos Aires. Doctorando en Ciencias Políticas por las Universidades Pompeu Fabra y por la Universidad de Buenos Aires. (CONICET).

### 1) Introducción

Cuando una crisis irrumpe sobre la normalidad de un sistema institucional, la oportunidad de la generación de un nuevo ordenamiento, de una nueva normalidad jurídico-política aparece en escena. Sin embargo, la irrupción del hecho político también desnuda la naturaleza tanto de la representación política como de la democracia en sí misma. La apertura del sistema tiene, como Jano, dos caras: una en la que se esconde el optimismo y la potencialidad de lo nuevo y otra, un tanto más tétrica, en la cual acecha la destrucción constante de todo orden; su misma imposibilidad. En ese estrecho límite se esconde *lo político*: entre la excepción y la normalidad, entre la crisis y el orden, entre la esperanza y la muerte. ¿Cuál es entonces la relación existente entre la crisis, la democracia y la representación política?

El caso Argentino parece ser una ventana desde donde observar esta extraña relación: Luego de la crisis que implicó el catastrófico desenlace del gobierno de Fernando De la Rúa, se desató un proceso de proliferación de asambleas barriales que se manifestó como la expresión fenomenológica de la generación de un espacio de esperanza para la reaparición de una nueva ciudadanía; de un nuevo modo de entender la vida política. Suponía, en el imaginario colectivo de aquellos meses de 2001 la recuperación y reaparición de un espacio público que parecía, en la República Argentina, perdido y desdibujado tras los años del *menemismo*. La excepcionalidad abrió la puerta a la construcción de una nueva normalidad pero también a su constante destrucción.

Sin embargo, el proceso asambleario no desembocó en una alternativa política; sino que, por el contrario, se perdió en su propio particularismo: sólo la aparición de un nuevo liderazgo político fue capaz de conjuntar la fragmentación.

Ciertamente, la crisis permitió que el liderazgo de Kirchner asuma como base la generación de una frontera clara entre aquella época y ésta nueva, entre aquel pasado que había derivado en la peor crisis de la Historia Argentina y la oportunidad de generar una nueva normalidad. Tuvo, digámoslo así, la capacidad de generar una reconstrucción del sentido basada en un discurso capaz de reconstruir el presente generando de manera exitosa una frontera con el pasado: un nuevo proceso de representación de lo social apareció en el espacio político argentino.

-----

## 2.

### a) Representación en el centro de la dialéctica entre normalidad y crisis.

Durante años, en América Latina y en el resto del mundo, se ha hablado de crisis de representación, sin embargo, muy pocas veces se ha especificado su significado. El juego político institucional se vacía de sentido si no se tiene en cuenta el carácter representativo de nuestras democracias liberales. Sin embargo, éste carácter implica mucho más que la mera representación de intereses dentro del ordenamiento institucional, supone en cambio “(...) un momento constitutivamente ineludible en la autoconstrucción de la totalidad social” (Laclau, 1996).

La crisis representación en la vida social y política no refiere, por tanto, únicamente a un problema de “desentendimiento” entre individuos con intereses constituidos racionalmente y una entidad con la capacidad de representarlos dentro del sistema político-partidario. Sino que por el

contrario, refiere a una crisis más profunda que jaquea la misma construcción de lo social como una “imposible totalidad necesaria”. No comprender el juego permanente de la representación como mecanismo de constitución de identidades políticas –ergo de construcción y reconstrucción de lo social- implica el tremendo riesgo de entender a la crisis como un mero “desajuste” de un supuesto diálogo racional entre individuos y un sistema preconstituido de grupos de representación de intereses quedando ciego e inmóvil frente a las dos caras que presupone la potencialidad de lo político. Comprender a la política como una “forma coextensiva con lo social” (Aboy Carlés, G: 2001) supone desatender el carácter dialéctico que esconde la relación entre normalidad y crisis.

Para acercarnos a una definición clara de lo que implica la representación política podemos decir junto a Aboy Carlés, que la representación política es la constitución misma de la presencia de lo representable, lo representado y el representante; es un juego de suplementos que se requieren internamente como un exterior constitutivo que colma una falta del adentro mismo. Lo representable, lo representado y el representante se constituyen en un mismo proceso al que denominamos representación: constitución de la presencia, la identidad y los liderazgos.” (Aboy, Carlés, 2001).

El proceso de representación está, por tanto, unido constitutivamente al hecho político. En él se esconde la imposibilidad de la representación total y imposibilidad real de la existencia de una totalidad social absoluta, cerrada, reconciliada consigo misma. En este proceso se desnuda el carácter trágico de la política moderna: la imposible experiencia de identidades esenciales, transparentes, claras, únicas. En el proceso de representación se desvela trágicamente la contingencia de la política moderna. Poniendo de manifiesto entonces la imposible tarea de escapar a la dialéctica entre normalidad y crisis. Mostrando, por último, la fragilidad y contingencia de la democracia como forma de régimen.

De cara a esta conceptualización, la sociedad argentina antes de la crisis presuponía la existencia de identidades políticas articuladas de manera relativamente exitosa. Los actores políticos lograban aglutinar y construir identidades que de una manera u otra involucraban al grueso de la sociedad. En un país acostumbrado a las manifestaciones de descontentos y a la movilización política, los procesos de construcción de identidades políticas parecían estar signados por una lógica ya construida de representación capaz de reproducir y de re-generar identidades políticas por medio de los actores tradicionales del espacio político argentino.

El juego democrático Argentino suponía haber encontrado la manera de articular su propia existencia a la vez que garantizar el juego de competencia política a la hora de la aparición de nuevos liderazgos con capacidad de regenerar el imaginario sobre la comunidad política. Los partidos políticos tradicionales -U.C.R, P.J.- supieron lograr, en el período del retorno democrático, la re-articulación identitaria. Así, El “alfonsinismo” sentó sus bases a través de diferenciarse de los fantasmas del pasado dictatorial de la década del 70 y del fracaso militar en Malvinas asumiendo la promesa de que el bienestar social vendría de mano de la democracia (Aboy Carlés, 2001). El “menemismo”, por su parte, construyó una alternativa identitaria a la tradicional matriz peronista, generando sobre sí mismo un discurso hegemónico, postulando a la crisis del gobierno radical previo (sobre todo al período hiperinflacionario) como el elemento que constituyó su límite diferencial, su exterior constitutivo.

Ahora bien, la coalición que cayó en el mes de diciembre de 2001, intentó generar un discurso, diferenciándose del pasado “menemista”, al cual proponía identificar con la corrupción y el avasallamiento institucional. La transparencia de la gestión y la promesa redistribucionista sumada a la intención de constituir un “sistema económico más equitativo”, parecían ser los elementos que irían a diferenciar al discurso de la Alianza del

pasado reciente menemista y a garantizar su base de sustento: de más está decir que la experiencia no fue exitosa.

La constitución del espectro de identidades políticas y sociales había comenzado ya a fraccionarse durante toda la década del noventa donde, frente a las políticas de Estado neoliberales, comenzaron a aparecer en la escena pública, con progresiva fuerza, diferentes acciones de protesta que esbozan la configuración de nuevos grupos sociopolíticos. Movilizándose en acciones de protesta, éstos grupos lograron constituir canales de inscripción de demandas y constitución de identidades por fuera de las organizaciones políticas tradicionales (partidos políticos, sindicatos) (Armellino, 2001 y Perez , 2001).

La proliferación de estas nuevas identidades sociopolíticas (muchas veces asociadas a los denominados movimientos sociales) durante toda la década menemista implicaban la aparición en escena de nuevos actores con capacidad de disputarle a los actores tradicionales sus bases de poder tanto en el plano discursivo como en el plano territorial. La coalición gobernante desde 1999 hasta 2001 no fue capaz de sostener un discurso capaz de articular a los diferentes intereses en una identidad partidaria que se postule como “hegemónica”: la fragmentación de las clásicas identidades políticas y la proliferación de nuevas identidades con nuevos discursos generadores de sentido fue un hecho con el que el gobierno de De la Rúa no pudo incluir en sus bases de poder. El estallido de la crisis en Diciembre de 2001 debe enmarcarse dentro de este proceso de fragmentación identitaria que acontecía en el *humus* de la sociedad argentina y cuyas repercusiones políticas eran inevitables: la lucha por la representación de lo social en la voz de nuevos actores no tradicionales era un hecho al que el tradicional sistema de partidos debía enfrentarse. El gobierno de la *Alianza*, no tuvo, entonces, la capacidad de aglutinar las diferencias bajo la hegemonía de su discurso generando quizás, la mayor crisis del sistema social en la república Argentina.

El ruido de las cacerolas que irrumpió en la, ya a ese momento, cuestionada totalidad social, escondía en su sonido la potencialidad trágica de la dialéctica entre crisis y normalidad: una normalidad moría y algo nuevo parecía irrumpir en escena. En esa excepcionalidad estaba en juego la significación del espacio social, vale decir, estaba en juego la lucha por la representación. Aquello que una multiplicidad de actores gritaron, pidieron y exigieron, en esa ya lejana noche calurosa de diciembre desnudó toda la complejidad del mecanismo de representación en tanto constitución de sentidos. Mostrando, de manera trágica, el carácter contingente de las articulaciones identitarias.

La aparición de las asambleas barriales inmediatamente después del estallido social y político no fue otra cosa que la visibilidad de un proceso que, como dijimos, se manifestaba ya en el *humus* del sistema social Argentino. Su aparición responde a la fragmentación identitaria de un sector que supo funcionar como la base de poder de los partidos políticos tradicionales: la clase media urbana. Su visibilidad implicó la reproblematicación del proceso de construcción de identidades políticas en la Argentina.

El proceso de fragmentación y visibilidad de la crisis de representación encarnó en la frase pronunciada como consigna por parte del conjunto de las asambleas barriales de la ciudad de Buenos Aires y de los principales centros urbanos del país: “Que se vayan todos”. La frase mostraba de manera cruenta y trágica el rechazo a la política escondiendo dentro de sí la tragedia que suponía la amenaza de la desarticulación del conjunto del sistema de representación-institucional. De manera tal que en un primer momento toda nueva identidad pareció querer articularse oponiéndose, de alguna manera, a “la política / los políticos”.

Es entonces de se pone de manifiesto todo el sentido del tan mentado “que se vayan todos”. Lejos de ser una mera expresión de descontento, un reclamo particular, implicaba en sí mismo el intento de reconstituir ese

espacio simbólico indispensable. La dialéctica entre crisis y normalidad se establecía en el centro de la vida política argentina mientras la sociedad caminaba por la delgada línea que divide el orden del desorden, la generación y la destrucción. Digámoslo ya, la sociedad argentina parecía mirar de frente, justo a los ojos, quizás sin saberlo, a lo político.

Sin embargo, los testimonios de los assembleístas no cuajaban con la tragedia donde se situaban. Mostraban, superficialmente, la decepción hacia la dirigencia. Su propia lógica no era capaz de enfrentarlos con la generación de una nueva forma política, pese a lo cual, en sus prácticas y discursos eran reiterativos los reclamos por la resignificación de la democracia como práctica política. La visibilidad de la fragmentación social e identitaria de aquella clase media urbana que había sustentado al sistema político partidario mostró las debilidades del mismo sistema: los partidos tradicionales, ahora cuestionados y desacreditados por sus bases de poder comenzaban a mostrar su incapacidad para resolver la situación. De hecho, la constante sobre el reclamo de las asambleas frente al sistema institucional se plasmaba en el temor que suponía la cooptación de una práctica cargada de optimismo por parte de los aparatos partidarios.

El quiebre identitario de las clases medias urbanas, sumado a la movilización que ya venía gestando el *humus* de lo social durante la década del noventa y la incapacidad de los actores tradicionales de canalizar discursivamente las identidades enfrentaron a la comunidad argentina a la dialéctica entre normalidad y crisis: entre muerte y vida, construcción y destrucción.

Visto de esta manera, el quiebre identitario desnudó la realidad, mostrando que la totalidad societal es una totalidad imaginaria. Sacando a la luz al (él) vacío traumático que debe ser llenado, pero que, sin embargo, pone de manifiesto a la misma lógica democrática (Lefort, 1993). Y es este punto el destacable en la dialéctica entre normalidad y crisis y la mediación de la representación política. Una red subjetiva pareció haberse roto. Y otra no

lograba emerger. El espejo de la representación de la unidad estaba, al menos, ajado.

En este sentido, lo trágico del proceso indica que, como bien suponía, el joven Marx en *La cuestión judía*, “una totalidad social que carece del espejo de su propia representación es una totalidad social incompleta” (Laclau, 1995), es entonces necesario destacar en este punto la imposibilidad de una totalidad real: la identidad sólo puede alcanzarse en tanto el sujeto se refleje en Otro que le de una imagen de unidad. Dicho espejo es necesario para cualquier grupo humano que pretenda conformar una comunidad y no una mera sumatoria de individuos aislados. Y es, justamente, este espejo ilusorio el que se rompió con el ruido de las cacerolas poniendo al desnudo el vacío, la falla propia de toda comunidad en su intento por constituirse como tal.

En los “*acontecimientos de diciembre*”, se puso de manifiesto, por un lado, el vacío a llenar, y, por otro, la necesidad de que el proceso de la representación opere de muchas más formas, que se diversifiquen los nudos, generando múltiples y heterogéneas identidades que posibiliten alternativas el avance en la calidad democrática: una mayor diversificación de la pluralidad, traducida en nuevos grupos, nuevas identidades, nuevos problemas, y nuevas formas de institucionalización. Pero, sin embargo, no podemos dejar de tener en cuenta el papel relevante que juega el contexto en éstas formaciones, de tal modo que la generación de múltiples y heterogéneas particularidades, no necesariamente nos hacen avanzar a una ampliación democrática, sino que deben ser combinadas por un afuera, por un otro diferencial que no debe ser eliminado. En otras palabras un exterior constitutivo de las nuevas formas diferenciales. Este intento, aunque fracasado por parte de los actores sociales, se generó bajo la figura de un nuevo Ellos: “Los políticos corruptos”.

El sistema político tradicional logró, por medio de la aparición del liderazgo de Kirchner, recomponerse. Incorporando a la vez que

despolitizando a las demandas expresadas por aquellos actores sociales. La tragedia de la desarticulación fue salvada por medio de la capacidad de construcción de una nueva subjetividad, que encarnada en un nuevo liderazgo, regeneró nuevamente la imagen, siempre distorsionada, de una comunidad política.

El sonido agudo de aquellas cacerolas puso de manifiesto un abismo, mostrando con crudeza la tragedia de lo obvio de manera inocentemente peligrosa. Los cacerolazos que con fuerza las clases medias urbanas hacían sonar desde sus balcones, terminaron de cortar el lazo identitario existente entre ciudadanos y políticos poniendo el problema de frente a los sujetos. En otras palabras, obligándolos a enfrentar el estado Real de las cosas. Cuestión que supone, al moverse en la delgada línea que separa la normalidad de la crisis, siempre una catástrofe. Ese hecho de ruptura, en principio liberador, implica, como venimos sosteniendo, consecuencias terribles para red subjetiva en la que se produce; “pone en marcha la catástrofe al cometer el desatino de sacar a la luz lo que debe permanecer tácito para que conserve su consistencia la red intersubjetiva existente” (Zizek, 1998).

El enfrentamiento con lo Real y su tragedia, es el mensaje que lega para el análisis de la representación, la crisis la Argentina. Se debe, por tanto, considerar a la representación como un doble problema que incluye a la vez la imposibilidad de la representación completa del representante por parte del representado y la necesidad de la representación en tanto re-llena un vacío. Como plantea Enerso Laclau: “Hay una opacidad, una impureza esencial en el proceso de representación, que es la mismo tiempo su condición de necesidad y de imposibilidad”. (Laclau, Op. Cit).

En este sentido, el proceso de representación desnuda la no-transparencia del juego político. Desnuda que la política y su actividad, es siempre un límite que poco tiene que ver con un sub-sistema controlable dentro de lo social. Mucho más que un juego de delegación de intereses, en los procesos

de representación política está en juego la construcción de la, otra vez, imposible pero necesaria, totalidad social. Y en la lucha por su constitución se desnuda la tragedia de la política a la vez que se desnuda la lucha por el reconocimiento.

La representación es, entonces, necesaria para la construcción identitaria de los sujetos sociales en tanto sujetos y en tanto el vacío original en la identidad del representado es llenado siempre por el representante. La identidad del representado es de alguna manera “formada” por el representante. Por lo tanto, no podría haber vida democrática sin la ploriferación de representaciones de lo social que intenten apropiarse de la decisión por el sentido de la comunidad. La proliferación de la diferencia por un lado, y, por el otro, la necesidad de reformular representaciones en un sentido más amplio, no pueden ser entendidos ya como procesos complementarios sino como un proceso único y necesario (Mouffe, 2000).

Por último, lo que se puso en juego en la crisis argentina no es más que la esencia misma de lo político como ejercicio fundacional, como una tragedia de dos caras. Un proceso que implica una lección para las democracias occidentales que se suponen estables, puesto que, como afirma Laclau “el papel constitutivo de la representación en la voluntad colectiva, que fue ocultado en parte en las sociedades mas estables, pasa a ser ahora plenamente visible” (Laclau, Op. Cit).

Sólo nos resta afirmar, que el ejemplo de la crisis Argentina muestra de forma clara que las sociedades, lejos de ser una formación transparente compuesta por individuos racionales con comportamientos tangibles y muy lejos de suponer formaciones esenciales, son siempre construcciones simbólicas endebles, siempre imposibles a la vez que necesarias. Y cuando el momento trágico de apertura se hace presente, el Sujeto como tal tiene ante sí la enorme potencialidad de reconfigurar sentidos, de generar nuevos campos, en definitiva, de reconstruir el sentido de lo público en

una dialéctica que oscila entre una normalidad imposible y una crisis constante.

Si el proceso de representación de lo social guarda tras de sí la irrupción de lo político, la democracia, como forma de régimen, no puede ser entendida por fuera de esta lógica. No puede, pese a los esfuerzos de la ciencia política, ser comprendida en estrechos términos institucionalistas: es mucho más que un juego libre de competencia electoral. Es, en este sentido, como afirma C. Lefort (1986), una forma de sociedad, una forma de régimen que se caracteriza por plantearse la pregunta por sus propios horizontes de legitimidad más nunca respondiendo a ella sino dejándola siempre abierta.

La naturaleza de la democracia es así su constante indeterminación. Este es su principio de legitimidad y a la vez su paradoja. Una forma de régimen en la cual la competencia por dotar de sentido a la comunidad política está siempre abierta, y donde el sentido no puede ser fijado de una vez y para siempre. Más aún, la paradoja de la democracia está, siguiendo a Mouffe (2000) en su propia naturaleza: el aumento de la diferencia es directamente proporcional a su crecimiento a la vez que directamente proporcional a su imposible estabilidad. El lugar del poder –de dar ese sentido– emerge siempre como un lugar vacío, un lugar inocupable desnudando así su propia contingencia, su propia inestabilidad. Poniendo a nuestras sociedades de cara, nuevamente, a la trágica dialéctica entre normalidad y crisis.

Se deduce por tanto, ahora sí, la naturaleza misma del hecho político, su propia tragedia e imposibilidad: a la vez que lo propiamente político es dar sentido, ese sentido es imposible de permanecer por siempre. La estructura misma de una sociedad no es más que una puesta contingente en sentido alrededor de la cual se organiza la realidad a través de clasificaciones significativas. Lo propio, por tanto, de la sociedad

democrática es la misma tragedia: la imposibilidad de que un sentido quede fijado de una vez y por siempre.

Otra vez, esto nos devuelve el reflejo de aquella crisis que mostró la complejidad de la naturaleza del proceso político. Mientras aquellas asambleas se disputan un nuevo espacio de participación, la cara afable de la refundación social emergía como la potencia de generar un avance considerable en la vida democrática Argentina. Los discursos y su proliferación en el espacio desnudaban la lógica misma del sistema de representación y más aún, la esencia de la democracia.

Era como si se hubiera podido ver en las asambleas una discusión en la que en subyacía la pregunta por la democracia. Es cierto que los actores no cuestionaron directamente al sistema democrático-liberal en su conjunto, pero sí discutían los horizontes de legitimidad del mismo y más aún, ponían como eje de la discusión el funcionamiento de las instituciones democráticas tradicionales: partidos políticos, sindicatos, uniones etc.

Las asambleas barriales, no sólo pusieron sobre el tapete el problema de la representación política, sino que es su práctica se plasmo de manera visible que es imposible “atar” a la política a simples canales institucionales. La característica primera de lo político, es justamente, la imposibilidad de descifrar el lugar donde se hará presente.

Así, democracia y representación por un lado y normalidad y crisis por otro, son pares que van unidos a aquella actividad decisoria, fronteriza, límite: la política. Es, como en el caso argentino, en su aparición cuando, al hacerse presente el momento de indecibilidad se desnuda el vacío de lo social. Lo social desaparece y queda a merced de la potencia re-fundadora de lo político. Que, una vez que re-significa, que re-representa a la totalidad social, vuelve a esconderse en la esfera que le es propia: ese acotado espacio que conjuga el juego político-institucional. Es que, para

repetirlo hasta el hartazgo, lo político no es otra cosa que el momento de apertura, el momento de indecibilidad, en el que se cuestiona el principio estructurante de la sociedad, la forma fundamental del pacto social (Zizek, Op. Cit).

Este proceso al que se vio sometida la sociedad Argentina, concluyó, como dijimos con la aparición del liderazgo de Kirchner. La tarea, sin embargo, no fue sencilla. Pero supo generar un discurso capaz de, por un lado aglutinar los diferentes particularismos que la crisis había dejado, incorporar las demandas de muchos de los discursos sociales de entonces, y reconstituir el juego partidario institucional.

-----

3)

*Conclusiones breves: Reflexiones sobre América Latina desde el caso Argentino.*

La política Latinoamericana de nuestro tiempo, oscila constantemente entre la normalidad y la crisis. Saludando muchas veces a la crisis como momentos de re-transformación identitaria. Como producto de una larga lucha de reivindicación.

El caso Argentino de alguna manera opera como una lección: Supongamos que el sistema de partidos no hubiera podido rearticularse y que la proliferación de identidades políticas hubiera alcanzado su máxima expresión en el rechazo a cualquier institucionalizado. El resultado, podría haber sido, simplemente, encontrarse frente a frente con la cara de la política más terrible: aquella que imposibilita generar un orden. Y no generar artificialmente, institucionalmente el orden político, implica la asunción de un gran peligro. ,

Este peligro radica en el hecho de que si los procesos de crisis no cristalizan en una puesta en escena que logre aglutinar en un fuerte

proceso institucional las demandas de los diferentes y heterogéneos actores e intereses que participaron del mismo, el pedido de la “verdadera democracia” puede constituirse en el intento de la encarnación de la representación, con lo cual, la anulación de la posibilidad de la diferencia se manifestaría en toda su magnitud, poniendo en jaque a la misma democracia que en un sentido los procesos de crisis potencian.

El peligro de la negación de la mediación de la representación en la dialéctica entre normalidad y crisis, lleva de suyo el intento de la encarnación del demos, cuestionando la misma artificialidad de lo social e impidiendo, bajo el velo del puro *movimentismo*, la proliferación de la diferencia.

Es, en este momento, donde el grito emancipatorio del ingenuo niño que exclama que: “el rey está desnudo” se vuelve un temible peligro: la desintegración de una comunidad de sentido (pero no cualquier comunidad de sentido sino de la que éramos parte “nosotros”). Y esta desintegración no necesariamente deviene en la generación de orden más democrático, sino que, por el contrario, en tanto pone en marcha inocente pero inescrupulosamente la catástrofe del enfrentamiento de los sujetos al estado Real de las cosas, nos enfrenta a la mera fragmentación. Latinoamérica debería tener en cuenta que la incapacidad de la generación institucional de canales por medio de los cuales establecer la pugna por “dotar de sentido” a lo social, puede devenir en la tragedia del intento de la transparencia absoluta.

Esta tensión entre, podríamos decir, falla constitutiva y transparencia absoluta encontró su traducción práctica al interior de las discusiones que se desarrollaron en las asambleas porteñas. Mostrando de esta manera que la relación entre crisis y normalidad, democracia y representación es siempre compleja. Una dialéctica cortada por lo político que esconde en sí misma como Jano, la cara de la vida y la cara de la muerte. De lo que se trata es de recordar siempre que es justamente en la institucionalización de

las identidades políticas desde donde puede proliferar la diferencia y el reconocimiento de una América latina plural.

Siendo entonces, el juego institucional representativo el capaz de protegernos de peligros mayores. Porque, aunque en la modernidad la política se revele una actividad trágica, mantener en pie el *establo de Augías* es una tarea imposible a la que América Latina no puede renunciar: el caso Argentino, es simplemente un ejemplo de ello.

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLES, Gerardo. (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens
- LACLAU, Ernesto. (1995) *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel
- LACLAU, Ernesto. "La teoría de la ideología". Clase Pública - Universidad de Buenos Aires.
- LEFORT, Claude. (1990) *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión
- LEFORT, Claude. (1993) "Democracia y representación", en *La sociedad contra la política*, Montevideo, Piedra libre
- LEFORT, Claude. (1986). *The political forms of the modern society*. Cambridge, Polity Press. UK.
- MARX, Karl. (1999) *Sobre la cuestión Judía*, Buenos Aires, CS Ediciones.
- MOUFFE, Chantal, (2000) *Democratic Paradox*. Veso, London.
- RANCIERE, Jaques. (1996) *El desacuerdo*, Buenos Aires, Nueva Visión
- ZIZEK, Slavoj. (1992) *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI
- ZIZEK, Slavoj. (1998) *Porque no saben lo que hacen. El goce como Factor Político*. Buenos Aires, Paidós.